

## Presentación de la *Nueva gramática de la lengua española*

### Intervención del ponente de la obra, don Ignacio Bosque

Majestades,  
señor Ministro de Educación  
señoras y señores Académicos,  
señoras y señores, queridos amigos:

La obra que hoy presentamos a la sociedad es el fruto de un gran esfuerzo colectivo. Si tuviera que elegir un solo adjetivo para calificarla, como los periodistas piden a veces que hagan sus entrevistados, elegiría sin dudarle el adjetivo *plural*. La *Nueva gramática* es una obra plural porque suman varios centenares las personas que han participado en ella, pero también porque son muchos los aspectos de la morfología y la sintaxis que abarca, las variantes del español que describe, los puntos de vista que recoge, los textos con los que se ilustran los análisis, las recomendaciones que incorpora, los autores de cuyas obras se han extraído citas o los diarios de todo el mundo hispanohablante que se usan para ejemplificar los usos que se muestran. La *Nueva gramática* es plural porque el español también lo es, pero constituye, a la vez, una sola obra, porque también es una la lengua que compartimos, y porque uno es el espíritu de cooperación que ha impulsado este proyecto y lo ha hecho realidad.

La Real Academia Española ha publicado más de treinta ediciones de su *Gramática*, pero esta es la primera que ha sido elaborada y consensuada por todas las Academias. Consiguientemente, la *Nueva gramática* muestra, en mayor medida que cualquiera de las anteriores, las construcciones que compartimos los que hablamos español, y también las que nos diferencian. Contiene textos procedentes de todos los países hispanohablantes, así como análisis, razonamientos y juicios que pueden ayudar a evaluar un numeroso conjunto de cuestiones polémicas. La obra no constituye, en consecuencia, un catálogo de usos, sino una descripción pormenorizada y detenida de la estructura del idioma en la que se pretende abarcar cuantos factores ha sido posible atender. Así pues, el lector no solo encontrará en ella normas, sino también reflexiones, disquisiciones, discusiones y puntualizaciones. Encontrará apreciaciones y matices porque en la lengua —y en particular en la Gramática— todo son matices: la posición de un adjetivo o de un adverbio, el cambio de una preposición por otra, la elección de un determinado sufijo nominal, el uso del indicativo donde se esperaría el subjuntivo, el alargamiento de una pausa, el ascenso de la curva tonal al final de un enunciado o la elección de una determinada partícula subordinante. Todas estas opciones y otras muchas afectan al significado de manera tan sutil como objetiva. Y es que el mundo de las palabras es, por su propia naturaleza, un mundo sutil. Las gramáticas son obras analíticas que tratan de reflejar una pequeña parte de ese inmenso universo de matices, lo que quizá deberíamos recordar de vez en cuando en estos tiempos de simplificación y levedad que nos ha tocado vivir.

Debe reconocerse sin tapujos que, por mucho que se la comprima, la lengua no cabe en cuatro mil páginas. Cuando el proyecto se planteó en la Asociación de Academias,

hace ahora once años, surgieron muchas ideas sobre el tipo de gramática que queríamos. Queríamos una gramática que fuera moderna y que estuviera al día, pero también que no se despegara demasiado de la tradición; queríamos que fuera descriptiva, a la vez que normativa; que reflejara el español común, pero también el diferencial (es decir, el que caracteriza cada área lingüística por oposición a las demás); queríamos que describiera la lengua de hoy, pero que no olvidara del todo los usos antiguos, que tan útiles son para entender los actuales; que estuviera elaborada conjuntamente por todas las Academias, pero que fuera a la vez una obra cohesionada, integrada y coherente, en lugar de dispersa, deslavazada o desprolija (adjetivo muy común en varios países americanos que entrará pronto en el Diccionario). Queríamos una gramática que fuera sensible a la variación geográfica, pero también a la social, especialmente a los registros y a los niveles de lengua; queríamos que contuviera citas textuales, pero también ejemplos contruidos y contrastes mínimos porque resultan didácticos; queríamos una obra que pudiera leer cualquier persona que tuviera una mínima formación gramatical, pero también un texto que no omitiera los aspectos más relevantes de la investigación contemporánea. En una palabra: lo queríamos todo.

Pero ni esta ni ninguna obra semejante en ningún campo del saber puede abarcarlo todo. Aunque las gramáticas sean, por definición, obras analíticas, las que se escriben en la actualidad han de ser, necesariamente, trabajos de síntesis. A pesar de ello, confío en que se perciba el esfuerzo de los redactores de la *Nueva gramática* por no desatender ninguna de las vertientes que he mencionado. La proporción en la que esta larga lista de factores son o no atendidos en la obra variará, sin la menor duda, en función del juicio de cada lector y de sus intereses particulares en relación con el idioma. No debe olvidarse que las gramáticas son visiones de conjunto, por tanto panoramas de un vasto territorio. Cómo es lógico, la nitidez de un panorama ha de depender de la altura del punto de observación desde el que se decide tomar la fotografía.

Todo proyecto lingüístico extenso, complejo y plural tiene algo de compromiso, y este no puede ser excepción. Cualquier texto gramatical comprensivo mostrará necesariamente la tensión que sin duda existe entre factores que apuntan en direcciones aparentemente encontradas. Es difícil, en efecto, hallar el equilibrio entre la tradición y la novedad; entre la descripción y la norma; entre la unidad y la variedad; entre la exhaustividad de los paradigmas y las explicaciones que les dan sentido; entre la adaptación divulgativa y la precisión conceptual; entre la claridad y el matiz. Aun siendo plenamente conscientes de su dificultad intrínseca, hemos perseguido todos estos equilibrios porque entendemos que los dos términos que se oponen en cada uno de esos pares son igualmente necesarios.

Como tantas veces se ha señalado, la desbordante bibliografía que hoy abrumba a los estudiosos contrasta marcadamente con la escasez de investigaciones publicadas hace ochenta años. No cabe, pues, ninguna duda de que escribir una gramática en el siglo XXI supone jugar con cierta ventaja, y no solo por los avances tecnológicos que hoy facilitan la rapidez de las comunicaciones y la obtención de datos y de estudios especializados. Sabemos que a los gramáticos clásicos les faltaba información sobre

cuestiones que hoy están profusamente estudiadas; pero también sabemos que el gramático contemporáneo necesita un cedazo o un tamiz que le permita cribar —y por tanto elegir— para no perecer ahogado por el exceso de información.

En cualquier caso, las gramáticas actuales pueden compararse entre sí, pero todas salen perdiendo si se contrastan con las monografías. Nuestra gramática no es excepción. Creemos honradamente que no sale malparada si se pone al lado de las demás gramáticas del español, sean o no académicas, o si se compara con las gramáticas contemporáneas de otros idiomas. No resiste, en cambio, como tampoco lo hacen las demás, la comparación con los estudios monográficos. No tiene sentido ocultar, en consecuencia, que existe al menos una tesis doctoral sobre dos o tres cuestiones a las que en esta extensa gramática solo ha sido posible dedicar un párrafo. Pero debe resaltarse a la vez que tal desproporción no tiene, hoy en día, nada de particular. Es tan solo el signo de los tiempos, una muestra evidente de que escribir gramáticas en el siglo XXI es muy distinto de hacerlo en los tres o cuatro últimos siglos. Por un lado, nunca antes los estudiosos habían dispuesto de tanta información; pero, por otro, nunca antes habían sentido en toda su magnitud la anchura o la vastedad de un campo en el que queda todavía tanto por hacer.

Todas las gramáticas académicas reflejan —en mayor o menor medida— el estado de conocimientos de la época a la que pertenecen. Cada nueva edición ha tomado las anteriores como punto de partida. Los cambios habrán sido mayores o menores, pero la percepción de que era necesario enmendar, corregir y revisar ciertos análisis previos —tareas cotidianas, por otra parte, en el trabajo de las Academias— siempre ha puesto de manifiesto que prevalecen a lo largo de los años el deseo de mejora y el afán de superación. En el prólogo de la edición de 1920 explicaba la Academia Española la necesidad que hubo de modificar el contenido de la edición anterior, lo que la llevó a replantearse buena parte de un texto que había sido publicado medio siglo antes. Al prólogo de la edición de 1920 pertenecen las siguientes palabras:

«[...] los positivos adelantos que en estos últimos tiempos ha realizado la ciencia del lenguaje, despertando entre las gentes cultas plausible y notoria afición a los estudios gramaticales, pusieron de manifiesto la conveniencia de apresurar el planteamiento de la reforma que tenía proyectada la Academia, y la necesidad que se imponía de hacerla tan extensa y tan completa como fuere preciso, si había de responder a las necesidades y al progreso de los tiempos».

El mismo texto continúa de la siguiente manera:

«Lo que sí ha variado fundamentalmente [...] es, no el [...] contenido de la Sintaxis, pero sí el método y plan de exposición de la doctrina sintáctica, y hasta la forma misma de esa exposición, que en la edición presente es más lógica, más razonada que en las anteriores; y, además, la doctrina gramatical se presenta confirmada por mayor número de autoridades [...] de todas las épocas».

Este es exactamente el espíritu que hemos procurado mantener en la edición que hoy presentamos. Esta es también la actitud que permite enlazarla con las ediciones anteriores, y hasta reproducir intactos y con plena validez —como puede verse— algunos fragmentos de sus prólogos. Así pues, cuando pasen unos años, hayan aparecido nuevos estudios gramaticales, y los instrumentos de análisis se hayan refinado aún más, los académicos que preparen una edición de nueva planta habrán de referirse en su prólogo a la «ya antigua de 2009»; explicarán que los adelantos en la ciencia del lenguaje requieren nuevas unidades y nuevas miradas, y confirmarán así ese ciclo interminable que se aplica a todas las ramas del saber. Es cierto que las lenguas cambian, pero lo es más aún que cambiamos nosotros, que vamos mejorando en nuestra comprensión de las cosas, siempre imperfecta pero un poco más ajustada en cada nuevo intento de comprender.

Las secciones de morfología y sintaxis de la *Nueva gramática* mantienen las unidades fundamentales del análisis tradicional, a las que añaden otras que no son tradicionales, pero están difundidas en los estudios gramaticales contemporáneos. El vínculo entre sintaxis y semántica es más patente en esta edición que en otras, en particular en el estudio de las clases de palabras, en el de los tiempos y los modos verbales o en el del aspecto léxico o modo de acción, por mencionar solo tres ejemplos. Las relaciones de subordinación, de cuantificación o de predicación también se analizan más pormenorizadamente, así como las llamadas «funciones informativas», que permiten evaluar la contribución de cada fragmento del discurso y hacerla depender de la interpretación contextual de su contenido. De modo paralelo, a la morfología se dedica casi la mitad del primero de los dos volúmenes, por tanto más espacio del que ocupaba en su conjunto todo el texto de la edición anterior.

La *Nueva gramática* contiene unos cuarenta mil ejemplos. Aproximadamente la mitad de ellos son citas procedentes de autores de todos los países hispanohablantes, o bien textos anónimos extraídos de periódicos o de revistas, igualmente de todas las áreas lingüísticas. Con toda probabilidad, las gramáticas son los únicos lugares en los que los escritores comparecen sin que lleguen a saber muy bien para qué han sido convocados. No buscamos en esta obra efectos lingüísticos que caractericen la particular voluntad de estilo de los creadores. No aparecen citados aquí por retorcer la sintaxis o por acuñar creaciones morfológicas inusitadas. Aparecen para ilustrar usos lingüísticos que pueden ser comunes a todos los hispanohablantes o bien propios de una determinada área lingüística. Seguramente ninguno de los numerosos narradores vivos que son citados en estas páginas hubiera sospechado jamás que aparecía en ellas porque una vez usó un gerundio predicativo con un verbo de representación o porque construyó como es debido una interrogativa indirecta parcial. Los textos que en las gramáticas académicas ilustran las pautas sintácticas y morfológicas se exponen como testimonios del idioma que compartimos. No niego que constituyan a la vez muestras de la capacidad expresiva de los autores que los firman, pero lo son sobre todo del sistema lingüístico al que corresponden. Ese código, que nos pertenece a todos en alguna de sus variantes, es el que intenta analizar la obra que hoy presentamos.

He dicho «en alguna de sus variantes» porque, sin menoscabo de su fuerte cohesión y su profunda unidad, la lengua que compartimos presenta numerosas variedades. En

estos tiempos en que todos nos vamos abriendo en alguna medida a la forma de pensar de los demás, a otras maneras de vivir y de sentir, estaría bien que fuéramos ampliando nuestro conocimiento sobre la forma de hablar de los otros; que comprendiéramos los matices que esconden expresiones que no coinciden con las nuestras; que no consideráramos necesariamente incorrecto lo que para otros es común y para nosotros extraño; que adquiriésemos conciencia de que compartimos unas formas de hablar con muchos millones de hablantes, y otras quizá solo con unos pocos miles. Sería bueno, en una palabra, que nos dejáramos enriquecer por la variedad. Esta obra nace con muchos fines, pero uno de sus principales objetivos es el deseo decidido de contribuir a desarrollar este sentimiento.

Como ya se ha explicado, la andadura que hoy culmina se inició en 1998. Si veinte años no es nada, como dice el tango, once años habría de ser «poco más de la mitad de nada». Seguramente es así, pero al numeroso grupo de personas que hemos colaborado de diversas maneras en este proyecto, estos once años nos han parecido «algo». Considero un privilegio el haber podido realizar las tareas de ponente que se me encomendaron como parte de esta labor colectiva, y también el haber tenido la oportunidad de trabajar con tantos profesionales de ambos lados del Atlántico en un proyecto tan ambicioso como ilusionante. Muchos están hoy en este salón; otros no han podido venir, y algunos ya no están entre nosotros. Entre estos últimos no puedo dejar de mencionar al penúltimo director de la RAE, Fernando Lázaro Carreter, que no solo reactivó e impulsó el proyecto cuando parecía destinado a languidecer, sino que participó activamente en él durante más de seis años. He de destacar asimismo la labor de Ofelia Kovacci y de Emilio Lorenzo que tanto nos ayudaron y nos animaron en los primeros años, en los que avanzábamos tanteando y con paso inseguro.

Estamos sumamente agradecidos a todos los miembros del equipo de asesores, que mejoraron sustancialmente los primeros esquemas que preparábamos en la Academia Española. Gracias también a todos los que prepararon materiales de muy diversa naturaleza. Ninguno de estos especialistas es responsable de la reelaboración a la que a menudo sometimos sus materiales, pero todos merecen el crédito y el reconocimiento por su valiosa participación en esta obra de autoría compartida. Ni que decir tiene que han contribuido decisivamente a ella todas las Comisiones de Gramática de todas las Academias. Capítulo tras capítulo, fuimos estudiando sus observaciones, incorporamos al texto la mayor parte de sus propuestas, y reservamos para la Comisión Intercadémica las que planteaban alguna duda o requerían alguna matización. Como no me es posible citar uno por uno los miembros de estas comisiones, mencionaré únicamente, como testimonio absolutamente ejemplar, el trabajo que en la Comisión de Gramática de la RAE realizó don Valentín García Yebra durante dos lustros ininterrumpidos. Don Valentín, muy cerca ya de cumplir los 93 años, fue siempre —semana tras semana— el primero en entregar los informes que pedíamos en la Comisión. Su activa participación en este proyecto, sus observaciones —siempre atinadas, pertinentes y minuciosas— y su vivo deseo de contribuir a la empresa común constituyen un testimonio de su extraordinaria calidad profesional y humana, pero también del espíritu de colaboración que ha reinado entre los Académicos a lo largo de estos dos lustros de intenso trabajo.

Hemos de dar las más vivas gracias a los miembros de la Comisión Interacadémica, en la que están representadas todas las áreas lingüísticas. Cada siete u ocho meses aceptaron gustosos la poco atractiva propuesta de encerrarse en un hotel durante una semana para analizar en sesiones agotadoras los capítulos que correspondieran, así fuera los complementos de régimen, las oraciones condicionales o la flexión verbal. El presidente de la Comisión Interacadémica, que lo es también de la Real Academia Española y de la Asociación de Academias, ha ejercido en esta travesía, simultáneamente y sin descanso, las tareas de capitán, piloto y cómitre. Aunque los remeros no siempre comparten jubilosos la cadencia de la boga que el cómitre marca, nadie pone en duda —sobre todo una vez llegados a puerto— que sin capitán ni timonel, podrá haber barco y tripulación, pero no hay rumbo ni singladura.

Las salas de máquinas de los barcos suelen estar bajo la cubierta inferior. La de este proyecto estaba, por el contrario, en la más alta buhardilla de esta casa, en la que un excepcional grupo de colaboradores trabajó denodadamente en las mil tareas de revisión y edición inherentes a una obra de estas características. En los últimos meses lo hicieron prácticamente sin horario, ya que algunos capítulos se enviaron a la imprenta por correo electrónico a las tres o las cuatro de la madrugada. Así pues, la expresión *trabajar día y noche* no ha sido, en su caso, una locución verbal, sino una grupo sintáctico que debe interpretarse en su más estricta literalidad.

Debo terminar. Decía al comienzo de mi intervención que la *Nueva gramática* es una obra plural porque ha sido elaborada por muchos, se dirige a muchos y nace con muchos objetivos. Deseamos que sirva como texto de consulta y estudio a los que enseñan español en los diversos niveles académicos; que resuelva dudas y que invite a la reflexión. Queremos que sea útil a todos los hablantes que desean conocer mejor el idioma que usan, y de cuya riqueza, articulación y capacidad expresiva tal vez no tengan siempre plena conciencia. Creemos que la obra proporcionará asimismo herramientas y estímulo a los que enseñan español como segunda lengua, y también algún cabo del que tirar a los que emprenden investigaciones más teóricas. Junto a estos objetivos a largo plazo, a ninguno de los cuales renunciamos, la *Nueva gramática* nace hoy con un propósito mucho más inmediato, pero no por ello de menor alcance. Es, simple y llanamente, el de representarnos a todos.

Muchas gracias.